

SEÑAL MEMORIA

13 de abril de 1953

Presidente de la República

Laureano Gómez Castro

«Contra Ospina Pérez». Transmitido por la Radiodifusora Nacional el 13 de abril de 1953.

En reciente discurso dijo el doctor Ospina Pérez: "No es lo mismo dirigir la batalla que la victoria".

Aquella está llena de peligros, de zozobras y de incertidumbres. Hay que usar la estrategia, la serenidad y el valor para no comprometer con actos primos, en escaramuzas menores, el éxito final. Obtenido este, los problemas son de otra índole. Es preciso administrarlo con grandeza para provecho de la causa vencedora, en vez de consagrarse a debilitar las fuerzas amigas tratando de degradar sobre el propio campo a los triunfadores de la víspera [...]

Pero, cuán distintas las circunstancias de hoy, de aquellas en que a mí me tocó actuar. Llegué al gobierno prácticamente solo el 7 de agosto de 1946 [...]

Ese fue el punto de partida, bien distinto del punto de llegada, el 7 de agosto de 1950, cuando descendí del poder, dejando al conservatismo en el gobierno y entregando la primera magistratura a su más connotado conductor.

Con intención manifiesta de tanta claridad que nadie ha dejado de percibirla, se presenta una situación según la cual el doctor Mariano Ospina es el autor de la victoria, y Laureano Gómez el usufructuario sin grandeza.

La historia desde 1930

Creo que la conciencia nacional, particularmente la conservadora, tiene suficientes informaciones para juzgar los hechos políticos contemporáneos desde los preludios de la caída del partido, en 1930, a la hora presente. Ello explica la viva sorpresa que ha producido la presentación transcrita y las vehementes instancias con que he sido solicitado para precisar la verdad objetiva de los hechos.

Largamente he resistido intervenir en esta aclaración. No he imaginado ni pretendido ser héroe un hombre excepcional; mis esfuerzos han sido consagrados en su insignificancia, únicamente al servicio de altas y nobles ideas, sin que a ellas haya antepuesto jamás el culto, honor y amor de mi persona. En ninguna manera me mortifica la grandeza de mis contemporáneos, y elaborarla, exaltarla y ponerla en acción viva en la lucha política ha sido uno de los estímulos que más frecuentemente impulsaron mi actividad durante largos años.

En la primera fila de batalla

Cuando sobrevino la lamentable caída del conservatismo, en 1930, se abrió una etapa dolorosísima de menosprecio de la vida humana, en que las víctimas eran inocentes y sencillos labriegos conservadores. La batalla, la grande y larguísima batalla del partido conservador comenzó entonces y no mucho después. Sin ninguna jactancia, ni ánimo de hacer méritos para cobrar luego, dejé la posición que ocupaba y decliné las solicitudes apremiantes para que continuara en ella o en cualquiera otra fuera del país. Y a él regresé a ponermé en la primera fila de esa batalla, llena de peligros, de zozobra y de incertidumbre. La angustia infinita de las víctimas sacrificadas tuvo una voz más, acusadora de la iniquidad desatada, y la defensa de los perseguidos fue la tarea infatigable, abnegada, de los dirigentes del partido. Los conservadores aguzan y martirizan su memoria para encontrar entre esos nombres el del doctor Ospina Pérez.

Mientras otros desarrollaban en la prensa, en las pesadas labores populares y en el parlamento los episodios incontables de esa lucha por la justicia, el doctor Ospina Pérez, por ser quien es, gozaba del merecido privilegio de consagrarse su tiempo completo a la gestión de valiosos negocios personales o de empresas privadas. En el discurso en que me ataca dijo que ja-

más infirió al adversario heridas incurables. Es cierto; y no las recibió tampoco. Pertenece a la estirpe de aquellos guerreros del Renacimiento italiano que habían perfeccionado el arte de combatir un día entero sin que se derramase gota de sangre.

La silueta del financiero

Como era, sin duda, una personalidad eminente del partido, dondequiera que había sitios de preeminencia y honor, eran ocupados por él, siempre que no fueran de sudor y de lucha, porque esas asperezas repugnaban sus aficiones habituales. Los copartidarios lo elegían al parlamento, e intervenía allí en asuntos económicos y cafeteros con maestría y pericia. Nada más. Cuando me era obligado usar la palabra en aquellos debates ardorosos y decididos que requirió la reconquista, como circunstancia obligada e ineludible, me tocó siempre ver la elegante silueta del financiero recogiendo la cartera de los papeles económicos y retirándose del recinto, porque aquella brega repugnaba a sus métodos. Eran los momentos en que podían darse o recibirse heridas, y él no sabía estar allí.

Mentalidades liberalizantes

Dilatábase aquella batalla fiera y dura, por tristes años, señalados con sepulcros, incendios y depredaciones. Siempre hay lo ostensible, que el gran público conoce, y lo que no se ve. El combate contra un adversario poderoso y soberbio era muy acre: pero atender a ese frente no fue lo peor. Eran los tiempos de la república liberal exclusivista y no había posibilidad de medro sino entorpeciendo la faena reivindicadora del partido conservador. Un pequeño grupo de individuos que se llaman conservadores pero cuya mentalidad es liberal o liberalizante y siguen la fácil táctica de hacerse populares entre el enemigo con sus claudicaciones y desfallecimientos, alerta hallábanse en todos los momentos de esfuerzos supremos, que fueron muchos, para enervar el partido, debilitar su empuje y tratar de desconcertarlo, expidiendo carta de indemnidad por los desafueros del enemigo, o improbadamente cuanto hacíase en defensa de los oprimidos. Era un cenáculo de rapiñas, sutiles, merodeadoras y voraces, que rondaron sin descanso en corno de todos los episodios de la reconquista. Contrarrestar y superar esa desautorización insistente e interesada fue la fatiga más pesada de la batalla.

En la hora del triunfo

El partido conservador no se abatió ante el infortunio, no dejó de reclamar nunca su derecho, no renegó de sus inmortales principios. Un día el cielo se mostró propicio y llegaba el alivio de los trabajos y el premio de los esfuerzos. El partido conservador no había venido luchando por predominios y ventajas, sino por ideales. Quienes ocupamos la primera fila de la lucha en

toda hora, jamás anduvimos en pos de la cosecha de las recompensas. Yo creí que, para eterna gloria del partido conservador, el triunfo no debía estar nublado con la concupiscencia del botín y que el país debía presenciar cómo, en el momento de la victoria, el partido conservador en el gobierno no daba el espectáculo de la codicia satisfecha. Lo grande y noble en esa hora era que los luchadores perennes no recogieran gajes.

Ingrato y vanidoso corazón

Cuando se reunió la convención del partido no estuvo, ni de lejos, sometida a la humillación afrentosa de un candidato obligado que debiera aceptarse para que su autoridad fuera reconocida. No solo fue libre sino que inició sus sesiones oyendo la rotunda y definitiva renuncia de mi candidatura y la instancia de que se acordara la del doctor Ospina Pérez. Llévele a la proclamación solemne del Teatro Colón y puse corona de laureles sobre las sienes de un egregio ciudadano no combatiente, como un símbolo.

Esa fue la victoria

El doctor Ospina Pérez dice que llegó al poder "prácticamente solo". ¿Solo? ¿Y el partido conservador que había perdido tantas vidas, que ejecutó tan desmesurados y heroicos esfuerzos, y cubierto de lágrimas y sangre, pero vibrante de entusiasmo, le circuía, no significaba nada? ¿Y el excelso desinterés con que el partido mostró a la nación que no buscaba sino una justicia para todos, y la demostración de cómo supo dominar todo impulso concupiscente para perfilar su ideal de la República perfecta, nada vale tampoco? ¡Deplorable desahogo de un ingrato y vanidoso corazón!

El criterio imparcial y justo jamás puede aceptar que el triunfo fue el 9 de abril. En aquella fecha de abominación se perdieron muchas cosas alcanzadas en la real victoria. De cuanto vi, oí y supe esa noche nefanda, deliberada y persistentemente no he dicho sino lo que resulta en gloria y alabanza del doctor Ospina Pérez: porque mi carácter, por bendición de Dios, libre de envidia y curado de toda suerte de ambiciones, goza con magnificar las personas a su alrededor, tengo la satisfacción actual de cerciorarme que las cosas que he dicho no han podido ser olvidadas. Aparte de quienes perdieron la vida, ¿podría discutirse que yo fui la mayor víctima del 9 de abril? Por ese motivo las palabras de fervida e insistente alabanza salidas de mi boca me han dejado grato sabor. Mi apocamiento contribuía a la grandeza ajena, y yo he perseverado en formar, porque con ello se conquista un placer espiritual y silencioso que no a todos es dable sentir.

Conservadores desteñidos

Los horrendos sucesos de la tarde y la noche de la fecha nefanda aparecieron ante mi mente con caracteres

nítidos, sin que produjeran la menor confusión. Inmediatamente vi que se trataba de una revolución comunista, del tipo exacto de las ocurridas en otras partes cuyas características conocía. La imposibilidad de conseguir vehículo me inmovilizó. Cuando pude hacerlo, supe que había la orden de ser llevado al Ministerio de Guerra y no al palacio, supe que también en el palacio se encontraban varios jefes liberales'. En aquellas trágicas horas, ningún patriota podía tener una actitud distinta de rodear a la autoridad para reprimir la horripilante ola de crimen desatado. Mi primera impresión fue la de que los jefes liberales habían cumplido ese elemental deber con la sociedad y la patria, seguido de pronto desengaño, pues se me informó que su presencia no obedecía a ofrecer apoyo a la ley ultrajada y a su representante legítimo, sino a tumbar el gobierno y recoger el poder exigido imperiosamente. Mi reacción instantánea, comunicada reiteradamente a cuantos pude, fue que dichos individuos no tenían autoridad ninguna, ni mando sobre los criminales de las calles, ni podía reconocerse representación y parlamento a los asesinos e incendiarios.

Informado de la heroica y firme resistencia de la guarnición de palacio, pensé que los jefes liberales que estaban dentro, detrás de las tropas leales, y que no eran sostenedores de la legalidad sino sus enemigos, constituyan una garantía real de la vida del presidente. En efecto, si no habían sido llamados —y evidentemente no lo fueron— en realidad rehenes, según las normas universales.

Mi tesis nítida insistente fue que no se les permitiera salir de palacio para que, en caso de que el nuevo asalto fuera triunfante, padecieran la suerte común. Mis sugerencias fueron desechadas repentinamente. Al amanecer se me dijo que la solución era "un gabinete de unión nacional con conservadores destenidos y liberales fuertes". Con esas precisas palabras se me notificó la destitución. Entonces dejé de hablar de los rehenes, porque comprendí que era otro el juego. Mi nombre y la cartera que desempeñaba fueron cartas vitales. El doctor Echandía acababa de decir que era la condición de decoro para que los liberales se conformasen, además con llevarse la mitad de las carteras ministeriales y las más importantes, ¡Cuánta luz dan esas palabras! A la notificación que se me hizo respondí sin vacilar poniéndome de nuevo a las órdenes irrestrictas del presidente Ospina Pérez, y me consagré por entero, como el país lo sabe, a la merecida exaltación de su heroicidad.

Unión nacional a la luz de los incendios

La solución política del 10 de abril carece de lógica. Entregar una parte del gobierno, la mitad de él, al partido adversario, como lo hizo el conservador triunfante, tiene un alto significado de concordia y es un gesto de

magnanimitad desusada que no puede emplearse sino cuando los partidos tienen un altísimo grado de cultura y moralidad, porque de lo contrario sobrevienen graves fracasos para la tranquilidad del Estado, como ocurrió con el ensayo que aquí se hiciera. Pero la unión nacional convenida a la luz de los incendios y entre las ruinas de la ciudad destruida y ensangrentada es enteramente otra cosa. Realmente ¿se creía conversar con representantes genuinos de los incendiarios? ¿Entonces, con qué concepto se premiaban los horrorosos crímenes con seis carteras ministeriales? Y si no eran tales representantes genuinos, ¿qué fin se perseguía con la entrega de la mitad del gobierno a quienes no tenían carácter distinto del de aprovechadores?

El inexplicable empeño de justificar y magnificar aquella solución conlleva un gravísimo extravío del criterio político. Si una cantidad determinada de incendios, saqueos y homicidios, justifican la adquisición de la mitad del gobierno, y el suceso debe conmemorarse, más asesinatos, mayores robos y destrucciones justificarían la conquista del poder completo. Esa es no sólo la doctrina sino la práctica del totalitarismo en frente de ciertos temperamentos que tienen una escala de valores ideológicos de suficiente elasticidad para transigir y ceder. En la historia está registrado el caso de quien dio un voto para que el congreso no fuera asesinado. Aquel voto salvaba a los dirigentes, pero significó la muerte, la proscripción, la ruina y el martirio de innumerables infelices. El arreglo del amanecer del 10 de abril fue de la misma estirpe.

La copresidencia

Lo que siguió no lo ha olvidado, ni podría olvidarlo el partido conservador. Fue aquella azarosísima y melancólica época de la "copresidencia", del "cruce", en que el partido conservador viose en frente de peligros sorpresivos e inmensos. Porque el "cruce" estimuló la violencia concitándola donde no existía, llenó el país de inquietudes desconocidas y angustiosas zozobras, y, sobre todo, porque desembocó irremediablemente en la consagración oficial de la impunidad. Ningún crimen podía ser sancionado, pues lo impedía el correspondiente funcionario del partido del delincuente. El alto gobierno daba el ejemplo licenciando los policías amotinados, con sus haberes y recompensas. La funesta impunidad imperó sobre la patria martirizada, al amparo de los métodos oficiales de entonces.

El partido conservador tuvo que padecer en aquellos días hostilidades y vejámenes que recordaban los peores tiempos de la batalla antigua. Pero lo más grave para los copartidarios fue el distanciamiento en que se les mantuvo del jefe de la administración. Rodeábanle estrechamente el sanedrín de las rapiñas y los ministros liberales, y las justísimas reclamaciones de los copartidarios eran desmenuzadas en almireces legule-

uos por las zorras jurídicas, o caían contrarrestadas por el intencionado alboroto de los aprovechadores de los incendios. En gravísimos episodios la opinión del partido, expresada genuina y nítidamente por sus auténticos voceros, fue repudiada por el jefe del Estado, que se inclinó hacia las tesis de los enemigos.

¡Cuántos esfuerzos, cuántas fatigas y trabajos descomunales debió ejecutar entonces el partido, en las circunstancias más apremiantes! Bajo el dominio de la funesta unión nacional del 10 de abril, como era obvio con la copresidencia y el cruce, el partido conservador perdió unas elecciones. Se contaban las horas para su derrota total. ¿Qué pasó entonces?

Alejamiento de la doctrina

Después de hablar de lo que en su concepto fue el punto de partida, el doctor Ospina Pérez habla del punto de llegada, el 7 de agosto de 1950, “dejando al conservatismo en el gobierno y entregando la primera magistratura a su más connotado conductor”. Así ocurrió. Evidentemente. Pero no por designio del doctor Ospina Pérez.

Es un hecho histórico que consta bajo la firma del doctor Ospina Pérez, que el punto de llegada que él aconsejó era enteramente distinto del que ahora relata. El presentó una fórmula según la cual se elegirían cuatro presidentes, dos de cada partido, con facultades extraordinarias para expedir y suspender leyes y hasta para reformar provisionalmente la constitución. La presidencia se turnaría por períodos iguales entre sus miembros, alternándose políticamente, y la suerte decidirá a cuál de los partidos correspondería el primer periodo. Todos los demás altos órganos de gobierno estarían sometidos a igual albur. Tal fue el norte señalado por el doctor Ospina Pérez; tal la tierra prometida que su dedo mostró al atribulado conservatismo.

Con esa fórmula el jefe del Estado evidentemente mostraba su alejamiento de la pura doctrina conservadora y su neutralidad absoluta, su equidistancia reflexiva, sistemática, temperamental, entre las doctrinas de los partidos adversos. El conservatismo no ha olvidado el desencanto que sufrió cuando veía a su presidente aquejado de una especie de rubor de professar los principios del partido, de un deseo insistente de hacerse perdonar que pudiera llamársele conservador, urgido de colocarse en la tierra de nadie en la ideología política.

¡Cuántas zozobras y cautelas, cuántas angustias y vivas inquietudes, cuántos esfuerzos de razonamiento para demostrar que la doctrina de nuestro partido no es de quitar y poner, según la emergencia transitoria, sino perenne, como basada que se halla en la más sana filosofía! La fórmula a que me estoy refiriendo ¿quién puede discutir que era todavía más nociva para el par-

tido conservador que la unión pactada a la hora del crimen? El partido conservador mal podía aceptar la entrega de la República a un caos organizado y a los dados fatídicos del indoctrinarismo. Tuvo que resistir. Lo que el conservatismo hizo luego, no me toca decirlo.

El cenáculo de las raposas

¿La fórmula estrambótica e indoctrinada de los cuatro presidentes surgió en la mente del doctor Ospina Pérez, sin ningún influjo externo, fabricada a la sola luz de su inteligencia y al exclusivo calor de sus convicciones políticas? Si tal fórmula refleja su mentalidad, ahí está la manera auténtica de que los conservadores conozcan lo que esa mentalidad comporta. Pero yo tengo la convicción de que ese disparatario constitucional y legislativo no es original del doctor Ospina Pérez, sino sugerido por el cenáculo de las raposas jurídicas que son oráculos, en tales materias, para el autor de la fórmula, y tienen una larga tradición de concesiones, componendas y entendimientos con el enemigo, en los que fundamenta la esencia de sus habilidades y manejos.

Aquellos cuatro presidentes ¡cuántas ambiciones, de otro modo inalcanzables, entretenían y estimulaban! Pero la doctrina conservadora supo entonces, todavía, ser más fuerte que todas las argucias y sutilezas, y la engañosa tierra prometida, señalada por el dedo presidencial no llegó, sino algo muy distinto.

Demostrado está ante todos los colombianos vivientes que ni el punto de partida ni el punto de llegada, ni la misma batalla en la versión del doctor Ospina Pérez, contiene un ápice de exactitud histórica. ¿Cuál puede haber sido el objeto de esta equivocación?

Pensando a mis solas en el origen de tamaña error y de esta agitación extemporánea a la que me he visto arrastrado y en la que participó con moral repugnancia, veome llevado por un tranquilo raciocinio a descartar motivos aparentes para que resalten los auténticos y reales que a los conservadores importa conocer. Ante todo con la descomedida reyerta nada gana la patria, y el partido recibe los impactos. ¿Por qué se me escogió como blanco de los ataques? ¿Qué necesidad había de que tales ataques se produjesen?

La gran paz y la perfecta unión del partido, conseguida por un gobierno que ha sabido demostrar cómo se trabaja por el bien común con inteligencia y suma pericia, dirigiendo las actividades generales por cauces fecundos, y aportándolas del desperdicio, ocio y vicio de la politiquería, con inmediato y notorio incremento de la riqueza pública, ¿por qué se perturba y altera tan profundamente? ¿Por qué se hacen pasar cosas personales y antes y por encima de los permanentes y sagrados intereses de la patria?

Candidatura a su tiempo

Conviene ante todo examinar las circunstancias impersonales y objetivas. El partido conservador no es una agrupación improvisada cuyas reacciones momentáneas sea preciso aprovechar. Es uno de los partidos más respetables del continente, y sin duda el que defiende un programa de mayor contenido filosófico. Tienen sus estatutos, no hechos ahora y ad hoc, sino elaborados por varones sabios y prudentes, y sancionados por las jerarquías insospechables, en tiempos muy anteriores. Según el estatuto, la candidatura presidencial del partido no debe lanzarla sino la convención, en fecha oportuna; y prohíbe toda agitación prematura. ¿Por qué, contra los estatutos y sin que exista la necesidad más imperceptible y remota, se ha precipitado esa agitación personalista?

La sabiduría popular tiene muy bien sabido que el verdadero mérito es silencioso y discreto; que brilla con luz propia, perenne e inextinguible. Que no necesita, no, ¡Jamás!, la alabanza propia, ni la colecta de los aplausos a lo largo de los caminos de la república. Que su fulgor, porque es esencial, reside en la quieta virtud de su propia excelencia y no ha menester, como la marmaja, de estudiados movimientos para despedir resplandores.

El doctor Ospina Pérez es un gran ciudadano de mérito positivo. ¿Por qué se desestima a sí propio? Si la madre república le ungíó con todos los dones de la naturaleza, la gracia y la fortuna, si le ha dado cuantos honores son posibles en la vida moderna de nuestros pueblos, si en torno suyo han resonado sin descanso alabanzas incontables y aplausos sin fin ¿por qué no da a la patria, como retribución en parte de lo que de ella ha recibido, el glorioso, ejemplo de la austera serenidad de Cincinato, que esperaba en las faenas campesinas que los ciudadanos acudiesen a confiarle el mando supremo, sino que, muy por el contrario, rompe las tradiciones y disciplinas de nuestro nobilísimo partido y adopta los procedimientos y sistemas de los caudillos tropicales que han hecho la desventura de los pueblos de América?

Postulación prematura

¡Y haber escogido un agrio ataque contra mí como arranque de la campaña! Yo estoy hundido en el silencio y voluntariamente no ocupo sitio ninguno en el panorama político colombiano. A nadie hago sombra. Si el polvo y las cenizas de mi reputación sirven para dar más fulgor a la dorada y bella estatua del héroe del 9 de abril, mi carácter se halaga con prestar ese servicio casi póstumo. Si solo se tratara de eso, ahí está mi declaración, que corresponde a la evidencia, de que no soy rival de nadie, ni empañó ningún fulgor, ni eclipse, ni intercepto ninguna especie de destellos gloriosos. Pero lo inusitado de esta situación, lo sorpresivo e inex-

plicable de ella, hacen que mi experiencia política y mi larga costumbre de advertir dónde están los grandes peligros del partido conservador, con los que tuve que enfrentarme tantas veces, me permiten ahora, en medio de un sosiego completo, sin resentimiento ni heridas, con una tranquilidad de ánimo perfecta, separar del debate todas las circunstancias aparentes para ver la cuestión real, fundamental, gravísima, que se le presenta al partido conservador, escondida y disimulada traidoramente entre los oropeles y dulzores de una postulación prematura.

A través de su historia gloriosa, dolorida y no siempre feliz, el partido conservador ha tenido el gran infortunio de no conseguir que los inmortales principios de su filosofía política logren reflejarse fielmente en las instituciones. Bolívar expuso las más puras doctrinas de derecho político, pero mientras él bregaba en los campos de batalla, las zorras jurídicas de entonces las desfiguraron y contrahicieron, simulando seguir las.

En los sucesivos cuerpos constituyentes, o bien faltó a los voceros del partido suficiente valor para resistir la marejada adversa, o hubo casos en que los mismos conservadores claudicaron como cuando el guardián del manicomio se contagió de locura, pues el partido conservador de 1858 abjuró de su doctrina, preludio de su estrepitosa caída. La mente clarísima de Caro hubo de tropezar con los guijarros que para entorpecer su majestuoso andar allegaba el prurito de androginismo político. La grande, noble, histórica tarea del partido conservador en estos días es la de llevar a las instituciones toda la sabiduría de su excelsa doctrina, purificándolas de los residuos y las escorias revolucionarias que han hecho la infelicidad del pueblo, el atraso de su economía, la esterilidad de su labor y la interminable incertidumbre de su vida social.

Fermentos anarquizantes

Esa perspectiva gloriosa con que el partido conservador se apresta a dar al continente latino una fórmula de gobierno, de libertad justa y de orden creador, mortifica hondamente a las mentes liberalizantes que profesan el desdén y el desvío de nuestros magnos principios. Han inventado entonces una contienda electoral fuera de lugar y de tiempo para que el burdo ruido de esa agitación perturbe el reposado discurrir, necesario para la faena constituyente. El ataque a mí dirigido se explica también por mi osadía, al pretender la reivindicación seria y sensata de la pura doctrina. La sutileza de las mentes enemigas, disimuladas en nuestras filas, ha ideado la manera de estorbar la plenitud de la victoria conservadora, que no será completa hasta que las instituciones fundamentales queden purificadas de los fermentos anarquizantes.

Lo que ocurre en el momento actual no es cosa distinta de la ejecución de un propósito deliberado para

desfigurar la contextura ideológica del partido conservador. Este es fuerte, ha sabido superar dificultades que humanamente parecían invencibles, ha llegado a una posición donde está realizando la práctica del bien común de la sociedad, con éxito que nadie discute. Ha podido hacerlo, porque únicamente se ha apoyado en la doctrina. Pero ahora quieren torcer su rumbo. La doctrina debe pasar a un término secundario detrás de los personalismos, "El partido conservador no sigue a ningún hombre, eso es esencial en su programa", se escribió hace más de un siglo. Ahora se dice: Antes que la doctrina está el tulanismo. Esto es un descarrío, y el partido conservador debe estar advertido que enteramente detrás del descarrío ideológico está la caída.

Una Locura

Con melancolía y honda angustia he visto cómo contrariando cuanto debiera ser la grandeza de ánimo de nuestros hombres dirigentes, se pronuncia en nuestras filas la misera fórmula desventurada que ocasionó la reciente derrota de nuestros adversarios. Rómpense los vínculos indispensables de la jerarquía para decir que se acatará el fallo de la convención, siempre que la suprema autoridad del partido acoja determinado nombre.

Recuérdese que exactamente lo mismo dijeron los contendores liberales cuando presentaron sus respectivos nombres a la adhesión de sus seguidores antes que sus doctrinas. En el campo contrario, de tan múltiples, confusas e imprecisas ideologías, es concebible que el fulanismo prepondere, y tal ha sido una especie de ley y de su historia política. Pero que los conservadores, con lo que tenemos que defender con la herencia de

honor y de justicia que nos ha sido confiada, nos entreguemos también a esa tarea mediocre, abandonando la sublime labor organizadora del Estado justo, próspero y fuerte, que podemos dar a la historia, es una locura.

A los viejos soldados

Mi voz es desinteresada ¿quién puede dudarlo ?; sacado de mi soledad por una incitación inútil, actuando en estos momentos con una mortal repugnancia, no puedo menos de comunicar a los viejos soldados, a los combatientes con quienes realicé la dura brega, a la juventud que es la esperanza de la patria y en quien mis mejores ilusiones han venido fundándose, que en la profunda desviación doctrinaria que ahora se intenta está la caída.

¡Ay del partido conservador si olvidando la doctrina se envenena con los personalismos!

¡Ay del partido conservador si rompiendo sus tradiciones y disciplinas se deja invadir por las estériles agitaciones politiqueras!

¡Ay del partido conservador si entrega su destino a las mentes equidistantes que sin fe ni amor al ideal, en los momentos de peligro, se repliegan al fiel de la balanza como trinchera de quietud y sosiego!

¡Y ay del país, y de la república cristiana, ay de la libertad, ay de la tranquilidad de la vida, si el partido conservador no sabe estar a la altura de su deber!

Laureano Gómez Castro

